

D6806

G3

v. 2



Capilla Alkonem
Fondo Emeterio Valverde y Tellez



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LAS

TRES ROMAS.

1° DE ENERO DE 1842.

El primer día del año en Roma.—Visita á San Pedro.—Dimension.—Bellezas artísticas.—La Cátedra de San Pedro.—Los fundadores de órdenes.—Dócel.—La Cúpula.—San Pedro, imágen del cielo.—Las Reliquias.—Visita al Padre V.....—Varilla del penitenciario.

Este día vivimos poco en Roma y demasiado en Francia. El recuerdo de nuestros amigos, recuerdo tan dulce cuando se está cerca de ellos, tan amargo cuando se está lejos, se apoderó de nosotros al despertar; ¿qué harán? ¿qué dirán? ¡Ah! piensan y hablan de nosotros, nos envían sus buenos deseos; y nosotros también teníamos para con ellos deseos en el corazón y en los labios. Estos deseos los depositamos en el altar santo, en el seno del Padre comun de la gran familia católica, y fueron confiados á los ángeles del cielo; entonces las llanuras de la Italia no fueron bastante extensas, ni los Alpes bastante altos, para impedirles llegar á su destino.

Después de nuestros amigos de Francia, vinieron nuestros amigos de Italia. Tengo gusto en decirlo: en Roma reina no sé qué

simpatía que os da muy pronto amigos y casi hermanos. Allí, más pronto y más completamente que en otras partes, desaparecen las distinciones de países, las oposiciones, ó si quereis también, las repugnancias nacionales, para dar lugar á un solo título: el de católico. En Roma, los católicos se ven como de casa, y á la verdad que es así con razón. ¿No es Roma la ciudad del Padre comun, el centro de la catolicidad, la cuna y el trono de la fe, que del uno al otro polo une todos los espíritus y todos los corazones en el mismo pensamiento y en el mismo amor? ¿No las glorias de Roma, son mis glorias? ¿no sus fiestas son mis fiestas? ¿no su doctrina es mi doctrina? Hé aquí lo que puede decir el católico frances, inglés, africano, asiático, americano; su patria nada importa y esto es lo que siente muy bien y se dice instintivamente, cuando está en Roma. Por otra parte, nosotros recibimos la visita y las felicitaciones de cierto número de amigos, extranjeros y romanos. Esta señal de afecto, cuyo principio era ciertamente la comunidad de pensamientos en

TOMO II.—2

006430

la fe, produce una impresion que el tiempo no puede borrar.

En la calle se oia circular por todas partes el *Buon capo d'anno, Buen cabo de año*, palabra consagrada por el uso para desear un buen año. Esta palabra no va sola; pudimos observar fácilmente que en Roma, como en Paris, el primer día del año, se divide el género humano matemáticamente en dos clases: la una que dá y la otra que recibe regalos de año nuevo; y si tengo buena memoria, en todas partes la última es mucho más numerosa, sin ser por eso la ménos contenta.

Dejando gozar de su dicha á esta interesante porcion de la humanidad, quisimos aprovechar el tiempo, y nos dirijimos á San Pedro. ¿No era muy conveniente comenzar el año por una visita al rey de la ciudad? Además, el buen padre V.... penitenciario de Francia, nos habia citado á su domicilio, es decir, á su confesonario, colocado en el crucero de la gran basílica. Al pasar cerca del obelisco de Neron, el excelente amigo que nos acompañaba se descubrió respetuosamente y rezó una oracion. "Vos saludais, le dije, uno de los más gloriosos trofeos del cristianismo."—Hago más todavía, saludo á la verdadera cruz, porque un pedazo de ella corona el monolito, y rezo el *Pater* y el *Ave*, porque gano con esto la indulgencia de diez años y diez cuarentenas que Sixto V concedió para este caso." Nosotros imitamos su ejemplo y llegamos á San Pedro, cuya historia y cuya arquitectura, debian ocuparnos principalmente. Antes de entrar bajo el vestíbulo, se nos dijo: "Ved esas columnas que sostienen el gran techo; si cortárais una rebanada de alguna de ellas, tendríais una mesa en que podríais recibir doce personas." Como todos los viajeros, respondimos con un signo de incredulidad, pero bien pronto bajamos de tono y convenimos en que los doce convidados estarian

muy amplios. Tal es la felicidad ó la desgracia de San Pedro: todo es en él colosal y nada parece grande. Por una parte, la arquitectura griega con sus arcos plenos y sus líneas cortadas, que bajan el rayo visual; por otra, la armonía de las proporciones que haciendo de todas las partes del monumento un todo perfectamente homogéneo, no pone ninguna de ellas en relieve; todas estas cosas pasan por ser las causas principales de la ilusion.

Antes de salvar los umbrales, quisimos darnos cuenta de las trasformaciones que la iglesia habia sufrido, ántes de llegar á ser por su grandeza y su magnificencia el primer templo del mundo.

Desde luego se presenta una relacion que no carece de interes. Entre los diferentes cuarteles de Roma, el Vaticano fué el más particularmente manchado con las supersticiones y las infamias paganas. El templo de la Buena Diosa, el de Apolo, el palacio de Neron, la presencia de horribles serpientes ¹, justifican, explicándola, la palabra de *infame* con que Tácito designa aquella region *trastiberina* ². ¿Qué profundidad de los consejos eternos! Este es el mismo lugar que la Providencia eligió para colocar el templo más augusto del universo, sobre el mismo suelo en donde la serpiente reinaba como señora; el mismo en donde Neron creyó sofocar á la Iglesia en su cuna; allí debia resplandecer á vista de los pueblos admirados, el templo del Pescador galileo, monumento inmortal de la doble victoria alcanzada sobre el inferno y sobre el mundo; al pié de la misma montaña en que los paganos alucinados

¹ *Faciunt his fidem in Italia appellatæ Bæ (id est serpentes) in tantam amplitudinem exentes, ut, D. Claudio príncipe, occisæ in Vaticano solidus in alvo spectatus sit infans.—Plin. lib. VIII.*

² *Postremo ne salitus quidem cura infamibus Vaticani locis magna pars retendit, unde crebræ in vulgus mortes.—Tacit. Hist. lib. II.*

iban á buscar los oráculos de la mentira, era necesario que el mundo cristiano viese á recibir con un respetuoso amor los infalibles oráculos de la verdad. De aquí el nombre de Vaticano dado á esta colina ¹.

Miéntras los mártires inmolados por Neron fueron depositados en las grutas cavadas por sus hermanos en las cercanías del circo y de los jardines imperiales, el apóstol, víctima á su vez del cruel emperador, vino á descansar en medio de sus hijos y á comenzar la gran ciudad de los mártires. Sobre aquellas grutas, tumba, asilo y cuna de los primeros cristianos, el papa San Anacleto, sucesor de San Pedro, erigió un modesto oratorio ²; ¿y cómo referir las lágrimas que se derramaron y las oraciones que resonaron en aquel lugar venerable, durante las tempestades tres veces seculares que combatieron á la Iglesia naciente? A la aurora de la paz, Constantino se apresuró á cambiar el oratorio primitivo en un templo digno del lugar que debia consagrar. El día fijado para comenzar los trabajos, se trasladó el emperador al Vaticano, y deponiendo la diadema y la púrpura, quiso él mismo abrir los cimientos y extraer doce cestos de tierra en honor de los doce Apóstoles. ¿No era justo que las manos de los Césares, empleadas en otro tiempo en edificar los templos de los ídolos, se santificasen, trabajando en los templos del verdadero Dios? ³ El cuerpo de San Pedro, sacado de su tumba, fué colocado en una caja de plata, encerrado en otra de bronce dorado,

¹ *Vaticanum, á Vaticinio. Severan. á S. Severino de septem urbis eccles., etc.—Ciampini, Veter. monim., t. III, p. 30 y siguientes.*

² *Hic memoriam B. Petri construxit et composuit dum presbyter factus fuisset á B. Petro. Anast. in Anacleto.*

³ *Restitucionem Capitoli aggressus rudibus purgandis manus primus admovit, ac suo collo quædam extulit. Suet. in Vespas., c. VIII.*

la cual fue enriquecida con una cruz de oro, que pesaba 150 libras.

Constantino y Santa Elena, reunieron sus liberalidades para embellecer el nuevo templo. Hé aquí la lista compendiada de sus regalos: los doce Apóstoles, de plata, con peso cada uno de 300 libras; tres cálices de oro, adornados con cuarenta y cinco piedras preciosas, de á 10 libras cada uno; dos vinageras de oro, de á 10 libras; una pantalla de oro purísimo, y un tabernáculo en forma de torre, coronado con la paloma y adornado con doscientas quince perlas; ambas cosas pesaban 30 libras; cinco pantallas de plata cada una de á 15 libras; una corona de oro, delante de la tumba, con un candelabro, adornado con 30 delfines, con peso de 35 libras; en el centro de la iglesia, treinta y dos candelabros de plata adornados con delfines, de á 10 libras cada candelabro; el altar, de oro y de plata cincelado, adornado con doscientas diez piedras preciosas, y con peso de 350 libras; un brasero para los perfumes, de oro puro, enriquecido con cincuenta y una perlas, y pesaba 15 libras; además, rentas considerables para el sostenimiento de la iglesia y la magnificencia de las ceremonias ¹.

Este templo augusto fué consagrado por el papa San Silvestre, el 18 de Noviembre del año 324. Después de muchas restauraciones y ampliaciones, y aun de una reconstrucción completa, ha llegado á ser, por el celo de los soberanos pontífices, lo que es hoy, la maravilla del mundo. El frontispicio descansa sobre ocho columnas y cuatro pilastras corintias, separadas por cinco puertas. Está coronado por un ático, sobre el cual hay una galería desde donde se elevan trece estatuas colosales que representan á Nuestro Señor y á los doce Apóstoles; á uno y otro lado están dos

¹ *Anast. in Sylvestr.*

magníficos relojes. Las cinco puertas del frontispicio, colocadas delante de las cinco puertas de la iglesia, conducen á un soberbio vestíbulo, brillante de mármoles y dorados. Delante de la puerta del medio, está el célebre mosaico llamado la *Navi-cellá*. En esta obra del siglo XIII, se ve á San Pedro, conduciendo su barca agitada por los vientos. El verdadero motivo por el cual se encuentra este cuadro en el vestíbulo, no es conocido por todos los viajeros. Los cristianos ignorantes conservaron durante muchas generaciones, la costumbre pagana de mirar la salida del sol, y de honrarle ántes de entrar á la basílica. Con el fin de presentarles un objeto digno de sus homenajes, fué colocado el mosaico en el lugar en que hoy está todavía; todos los días, por espacio de treinta años, no dejó de venerarla nunca el sabio cardenal Baronio al entrar á San Pedro, ni de rezar esta oración: Señor, salvadme de las olas del pecado, como salvásteis á Pedro de las olas del mar; *Domine ut crexisti Petrum a fluctibus, ita eripe me a peccatorum undis*. Este piadoso ejemplar, imitado por los colegas del cardenal, ha sido también seguido por los peregrinos que lo saben.

La Iglesia ha colocado en los dos extremos del vestíbulo, el recuerdo de los dos más grandes acontecimientos políticos de su historia. Constantino y Carlomagno, presentes en sus soberbias estatuas ecuestres, recuerdan: el primero, la victoria del cristianismo sobre el mundo pagano; el segundo, el establecimiento social de su reino en el mundo moderno. La gran puerta de bronce, homenaje de Eugenio IV, está adornada con bajo-relieves que representan el martirio de San Pedro, la coronación del emperador Segismundo, así como los principales acontecimientos del concilio de Florencia y la reunión tan deseada de los griegos con los latinos. Sobre esta puerta

se admira el bajo-relieve del Bermino, que representa á Nuestro Señor confiando á San Pedro el cuidado de sus ovejas.

Ya una vez entrado en la basílica, envano busca el viajero las colosales proporciones de que ha oído hablar; altura, latitud, longitud, todo le parece común; y sin embargo San Pedro excede en magnificencia y en grandeza á las iglesias más vastas y más espléndidas del Oriente y del Occidente, tales como Santa Sofía de Constantinopla, la catedral de Milán y San Pablo de Londres. La catedral de Milán no tiene más que 418 piés de longitud y 312 de latitud, y San Pablo de Londres, 499 piés de longitud y 251 de latitud; mientras que contando desde la puerta de entrada hasta la cabecera, San Pedro cuenta 375 piés de longitud y 419 de latitud en el crucero. La nave del medio tiene 82 piés de latitud y 142 de altura, comprendiéndose la bóveda. Las dos naves laterales tienen cada una 20 piés de latitud. Estas diferentes medidas están grabadas en el pavimento de San Pedro. Este pavimento, todo de mármol ó de pórfido, parece un brillante patio esmaltado de flores y cortado en rosetones, en rombos y en figuras de una graciosa variedad y de gran riqueza en los dibujos.

Las fuentes de agua bendita aumentan desde luego la ilusión, pero bien pronto la disipan; acercarse á ellas es el primer medio de conocer los tamaños de San Pedro. Se nos había dicho: "Los ángeles que las sostienen tienen seis piés;" y nosotros habíamos respondido: "Exajeración de viajeros entusiastas." Pues bien; se tenía razón en lo primero y nosotros no la teníamos. Medimos aquellos ángeles, que al primer golpe de vista parecen unos niños, y que en realidad son colosos de seis piés. Son de mármol blanco y sostienen dos conchas de mármol amarillo, colocadas una enfrente de otra, delante de los dos primeros es-

pacios entre las pilastras. Quise ofrecer el agua bendita al excelente amigo que nos acompañaba, pero se negó á recibirla. "Para ganar la indulgencia tomando agua bendita en las basílicas romanas, me dijo, es preciso tomarla por sí mismo; así lo han querido los soberanos pontífices, á fin de que cada fiel haga por sí mismo un acto de religión."

Cuando se viene á San Pedro, para admirar sus maravillas, el mayor embarazo consiste en saber por dónde empezar. Monumentos de todo género, obras maestras de pintura y de escultura, se disputan la atención. Si se empieza por el lado derecho, teneis desde luego la capilla de la *Piedad*, en la cual se revela el cincel de Miguel Angel, en la inmortal estatua de la Santísima Virgen que tiene en sus rodillas á su Hijo muerto. La columna rodeada de fierro que se levanta cerca del altar, es, segun tradición, una de las doce columnas del templo de Jerusalem, que Constantino mandó colocar al rededor de la Confesion de San Pedro. La antigua inscripción que la acompaña, celebra los numerosos milagros concedidos á la fe de los peregrinos delante de aquel monumento santificado por la presencia y acaso también por el tacto del Hombre-Dios. En seguida, se presenta la capilla de San Sebastian notable por las dos tumbas, del papa Inocencio XII y de la condesa Matilde de Mantua. Más léjos, la magnífica capilla del Santo Sacramento ofrece á vuestra admiración sus tumbas de Sixto IV y de Gregorio XIII, su rico tabernáculo y su *Comunion de San Gerónimo*, en mosaico. Aquí es donde el juéves Santo, el soberano pontífice, despojado de los ornamentos de su dignidad, lava los piés de los doce apóstoles. Viene en seguida la capilla de la Virgen Santa, construida segun los dibujos de Miguel Angel, con su brillante altar de alabastro, de amatistas y de otras piedras

preciosas; allí descansa Benedicto XIV, en medio de la *Ciencia* y de la *Caridad*. Admirad también el altar de la *Nacelle*, cuyo cuadro de mosaico representa la barca de Pedro, próxima á sumergirse, y al Salvador viniendo á calmar las olas; luego, el magnífico mausoleo de Clemente XIII, inmortal obra de Canova. Los dos leones acostados sobre los dos grandes zócalos, son los dos más bellos leones modernos que se conocen. Hay que lamentar, que en las otras figuras el artista sacrificó demasiado el espíritu á la forma. La última capilla á la derecha, está dedicada á Santa Petronila, y el cuadro que representa á la santa en el momento de su exhumación, pasa por ser el mosaico más bello de San Pedro.

En la cabecera de la iglesia, aparece á una grande altura la cátedra de San Pedro ¡Qué gozo para un católico, para un sacerdote, el descansar sus miradas en aquel venerable monumento! Hé ahí esa cátedra mil veces más respetable que las sillas curules de los senadores romanos y que todos los tronos de los reyes y de los emperadores; esa cátedra en que se sentó tantas veces San Pedro en los subterráneos del Vaticano; desde la cual ordenó á los primeros sacerdotes y consagró á los primeros pontífices; desde la cual predicaba y administraba los sacramentos, á aquellos queridos néofitos cuyo vestido emblanquecido la víspera con las aguas del bautismo, debia al día siguiente teñirse con la sangre del martirio. Esta cátedra, conservada largo tiempo cerca del cuerpo del Apóstol en la catacumba vaticana, fué el primer trono, en el cual iban á sentarse sus sucesores, despues de su elección. En fin, Alejandro VII la mandó colocar en el magnífico monumento en que hoy se vé y que no costó menos de cien mil escudos romanos 1. Un altar majestuoso de mármol

1 Constanzi, t. II, p. 19.